

La morfología de las ciudades es el resultado de la evolución histórica de tres elementos.

1. En primer lugar las funciones o usos del suelo: residencial, industrial (antes artesanal), equipamientos y servicios. Cada uno de estos usos tiene exigencias distintas, variables a lo largo de la historia, en cuanto a localización, tamaño de las parcelas o agrupación.

2. En segundo lugar el plano, que se ha extendido y transformado con el tiempo. Junto a zonas con calles y manzanas irregulares, sin planificación, se encuentran otras caracterizadas por su trazado ortogonal. Algunos sectores antiguos, pensados para un tiempo concreto, unas actividades y unas formas de vida determinadas, han sufrido modificaciones importantes, para adaptarlos a las nuevas exigencias de tráfico o de higiene.

3. En tercer lugar el alzado, la forma física de los edificios, su altura, su diseño y el tipo de materiales empleados. La imagen resultante nos habla de modas, pero también de la clase social a la que iba destinada la construcción, de negocio inmobiliario y de conservación o degradación.

Analizar la morfología como resultado de la actividad humana nos permite entender la organización económica y social de los grupos que habitan la ciudad y las estrategias de quienes la construyen.

La morfología urbana es entonces una síntesis del pasado y del presente de la ciudad que puede ser estudiada con varias finalidades:

- Comprender y explicar mejor el fenómeno urbano.
- Valorar la herencia cultural que poseen las ciudades. Constituyen un patrimonio importante que debe ser interpretado y salvaguardado.
- Entender mejor a sus ciudadanos, a través de la carga simbólica de sus paisajes y de los significados que les otorgan.
- Participar, con conocimiento, en los debates sobre el futuro de la ciudad.

